

**CULTURA POLITICA: ACERCAMIENTO CONCEPTUAL  
DESDE AMERICA LATINA**

**POLITICAL CULTURE: CONCEPTUAL APPROACHING FROM LATIN AMERICA**

Mg © Cecilia Millán La Rivera  
Universidad Bolivariana  
ceciliapazmlarivera@yahoo.com  
Chile

**Resumen**

Este artículo analiza el concepto de cultura política planteado por los autores Almond y Verba, entregando una breve contextualización del término, para luego centrarse en ciertas críticas surgidas desde Europa y América Latina. A partir de lo anterior, se invita a la reflexión sobre la problemática del concepto de Cultura Política en América Latina, cuestionándose su pertinencia literal, debido al origen ajeno a nuestra realidad. Luego de este análisis, se describen algunos elementos que debiesen tenerse en cuenta para adecuar el concepto a la realidad latinoamericana, a fin de hacer más pertinente su uso.

**Palabras claves:** Cultura Política, América Latina, Teoría Política, Ciudadanía.

**Abstract**

This paper to analysis the concept of 'Political Culture' proposed by the authors' Almond and Verba, providing a brief background to contextualised the concept, to then focus on same criticism arise from Europe and Latin America. From the preceding, a reflexion is done about the problematic that the concept 'Political Culture' has is Latin America, challenging its literal pertinence, due to the origins of the concept, which is alien to our (Latin American) reality. After this analysis, some elements that needed to be considered to adapt this concept to the Latin America reality are described to make it used more pertinent.

**Key words:** Culture Politic, Latin American, Political Theory, Citizenship

*(Recibido el 04/12/07)*  
*(Aceptado el 10/04/08)*

## Cultura Política

**E**l concepto de Cultura Política nace y se desarrolla en la década del 60, como un modelo alternativo a las premisas marxistas sobre la política. Este enfoque alternativo intenta explicar desde una mirada psicocultural los fenómenos políticos, buscando unificar las interpretaciones más psicológicas del individuo (orientaciones), con una mirada más macro de la realidad política (instituciones políticas). Esta perspectiva se sustenta en el supuesto de que toda sociedad tiene una cultura política, que se transmite a través de la endoculturación y las instituciones encargadas de ello, serían la familia, iglesia y escuela. Mirada que difiere del enfoque marxista, el cual enfatiza que la cultura política depende finalmente de la ideología de las clases dominantes, clases que se encargan de imponer una visión de la realidad. (Peschard, 2001).

Lo descrito anteriormente se desarrolla en el contexto de la modernidad y de la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno, situación en la que se desarrollan la mayoría de los estudios realizados en torno a la temática. Esta productividad de estudios se debe principalmente a los cambios que implicó el proceso modernizador<sup>1</sup>, que afectó las estructuras y relaciones políticas, amenazando el orden establecido. En este contexto y como parte de los nuevos ajustes, se acuerda que el sistema democrático representativo pareciera ser el mejor modelo para las sociedades industrializadas. No obstante, no todas las sociedades lograrían tal nivel de democracia, lo cual obligaría a buscar respuestas. Es así como nace el interés por los aspectos culturales y conocer cómo la influencia de los valores y símbolos respecto a lo político impactan en el buen desarrollo o no de la democracia. Este enfoque sostendría entonces que es necesario un consenso de valores y normas que respalden y legitimen la institucionalidad política. Lo que buscaría es validar y legitimar un modelo político en particular, la democracia (Peschard, 2001). De tal forma, el éxito del régimen democrático será explicado por los aspectos culturales, relegando a un segundo plano las explicaciones que se centraban principalmente en criterios de tipo económicos, religiosos, educacionales y de comunicación (García, 2006).

En el contexto de legitimación de la democracia y los factores asociados, se realiza el estudio pionero de Almond y Verba en 1963, enfoque que buscará la unión entre la micropolítica y lo macro, es decir, el individuo y las estructuras políticas (Cruces y Díaz, 1995). Estos autores definen por primera vez cultura política enfatizando la comprensión de factores culturales que posibilitarían el desarrollo y buen funcionamiento del sistema democrático (Tejera, 1998). El estudio buscaba mostrar que la estabilidad de la democracia no dependía sólo de sus instituciones, sino también de actitudes políticas y no políticas de los integrantes de la sociedad. La cultura política, sería tanto el resultado de la endoculturación infantil, como del modelamiento simbólico de los medios de comunicación y las experiencias adultas frente al desempeño del gobierno (García, 2006).

La teoría política de Almond y Verba, se desarrolla principalmente debido al derrumbe de la democracia de Weimar y al surgimiento del nazismo. Sin embargo existen otros hechos que potenciaron su desarrollo, como por ejemplo, la polaridad entre totalitarismo y democracia, regímenes políticos que predominaron después de la segunda guerra mundial; el fuerte interés de EEUU por estudiar países con los que estaba en conflicto y conocer de mejor manera sus instituciones, cultura y política (García, 2006). El interés en la aparente estabilidad de las instituciones democráticas Británicas y de EEUU (Almond, 1988). También el proceso de descolonización, la guerra fría y la Revolución Cubana habrían incidido en el interés por esta temática (Krotz, 2002).

Si bien Almond y Verba recibieron influencias de intelectuales alemanes, debido a la alta emigración de Alemania a EEUU (como fue el caso de Horkheimer, Fromm, Adorno y Marcuse), no le darán tanta importancia a la familia y la socialización infantil, lo que sí fue considerado en las obras de los autores alemanes (García, 2006).

---

<sup>1</sup> Que implicó una industrialización, urbanización, alfabetización y consecutivamente escolarización, descenso en la tasa de mortalidad, medios de comunicación y democratización (Montes, 1998)

El estudio de Almond y Verba se centró en las virtudes cívicas de americanos, ingleses, italianos, alemanes y mexicanos, con hincapié en el sistema democrático, recibiendo variadas críticas, entre ellas su etnocentrismo. (Cruces y Díaz, 1995).

Lo que buscan los autores es comprender las orientaciones individuales hacia los objetos políticos, dividida en tres dimensiones: cognitivas, afectivas y evaluativas (Almond y Verba, 1963). Lo cognitivo se refiere a “conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus papeles...en sus aspecto políticos y administrativos”; lo afectivo son los “sentimientos acerca del sistema político, sus funciones, personal y logros” y la orientación evaluativa a “los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los sentimientos” (Almond y Verba, 1963:180). Los objetos están referido tanto a las estructuras institucionales, a los roles que se cumplen en dichas instituciones, como a las decisiones públicas. La relación de orientaciones individuales hacia los objetos políticos permiten establecer una clasificación de tres tipos de cultura política existente: la *cultura política parroquial*, la *cultura política de súbdito* y la *cultura política de participación*. La primera, sería un tipo de cultura que vincula estrechamente lo político con lo religioso y económico, no existiendo clara conciencia de un gobierno central ni tampoco de una exigencia hacia la política. Es un tipo de cultura vinculada a las sociedades “tradicionales”. En cambio, en la *cultura política de súbdito*, existe claridad con respecto a un gobierno central, con una actitud más bien pasiva, sin involucrarse en las decisiones públicas. Por último, en la *cultura política de participación*, existe una plena orientación positiva hacia el sistema político, un rol activo y participativo, considerándose la participación como elemento fundamental del desarrollo de la política. La clasificación descrita no supone homogeneidad y unicidad de un tipo de cultura u otra, siendo reconocido la posible coexistencia de dos o tres de las culturas políticas descritas (Almond y Verba, 1963)

Por consiguiente, cada tipo de cultura política es acorde con un tipo de estructura política. La cultura parroquial con una sociedad tradicional, la cultura de súbdito con un sistema autoritario, y la participativa con un sistema político democrático. Finalmente, los autores concluyen que el desarrollo de una democracia estable se logra en sociedades con cultura política participativa, lo cual no excluye la coexistencia de dos tipos de cultura política, por ejemplo, la Parroquial y la de Súbdito. Esta mixtura es lo que llaman estos autores cultura cívica (Almond y Verba, 1963).

Posteriormente y en la misma línea de los autores mencionados, Inglehart (1988) realiza un estudio comparativo más amplio para medir las diferencias actitudinales en sociedades industrializadas, basándose no sólo en la tesis de Almond y Verba sobre la influencia de la cultura política en el desarrollo democrático, sino también en el desarrollo económico. A partir de este periodo existirán innumerables estudios que se centrarán en los valores, sentimientos y creencias que influyen en la conducta política, y que entenderán a la cultura política, como no reducible, ni a elecciones, ni a conductas individuales, ni tampoco a las estructuras políticas (Almond, 1988).

Algunas investigaciones desde entonces, se han centrado principalmente en los países desarrollados, dando cuenta de la cultura política en EEUU, Gran Bretaña, Alemania e Italia. Estos estudios han concluido que la cultura política ha ido cambiando a lo largo de las décadas y que esto ha dependido tanto de factores históricos como de la socialización política. Algunos ejemplos de estos estudios muestran la disminución de la confianza en las instituciones políticas, no así de la legitimidad democrática, lo cual sucedería tanto en EEUU como en Gran Bretaña. En Alemania, en cambio, habría aumentado la confianza en la democracia, existiendo una mayor cultura política participante. En los países comunistas, en cambio, los estudios sobre el papel de la cultura política son escasos. Por último y también de forma menor se han realizado investigaciones en Asia, los cuales han mostrado que los países de esta región se han caracterizado por un tipo de modernización particular, ni la educación ni el sistema económico han influido necesariamente en los procesos democráticos. Muestran además como el Confucionismo, el Hinduismo y el Islam influyen en un modelo político más bien paternalista, consensual y clientelístico (Almond, 1988).

Con respecto a América Latina, el interés nace a mediados de los 80, teniendo como referencia a la cultura cívica, ya sea como referencia teórica y empírica o como crítica al

modelo. El uso del concepto se aplica en el contexto de las transiciones a la democracia, luego de varios años de dictadura en distintos países latinoamericanos. Algunos de los aspectos que se intentaba comprender fueron los segmentos de la población que posibilitaron las dictaduras en América del Sur (Echegollen, 1998). También debido a la evolución histórica de Latinoamérica, los estudios se centrarán en comprender por qué nuestros países que han copiado modelos políticos europeos no logran en la práctica llevar a cabo de manera óptima el modelo (Meoño, 2002). Al respecto Alfredo Echegollen (1998) y Jhonny Meoño (2002) realizan una descripción histórica que permite comprender las peculiaridades latinoamericanas desde el periodo colonial, que serían cruciales para la comprensión de la cultura política en el presente en América.

### **Cuestionamientos al concepto de *Cultura Política***

Si bien, se reconoce el gran aporte de la Cultura Cívica, para la ciencia política del siglo XX, el enfoque no ha estado exento de cuestionamientos tanto por parte de científicos sociales de países desarrollados, como de países del tercer mundo como en Latino América. Desde Europa algunas divergencias vendrían desde sectores políticos de izquierda y de grupos más liberales. Desde el enfoque marxista, Jerzy Wiatr (1980), señala que las actitudes políticas son producto de la estructura económica y social. También se han cuestionado por parte de investigadores comunistas como Richard Fajen (1969), Robert Tucker (1973), y Stephen White (1979 y 1984), entre otros, la separación que se realiza entre comportamiento y actitudes políticas, lo cual equivale a sobrevalorar demasiado lo psicológico y por tanto lo subjetivo. De tal forma, se advierte que el énfasis en lo que piensan y no así en la conducta, revela un análisis demasiado subjetivo y por tanto imparcial de la cultura política (Boron, 2000). Frente a la crítica de la separación analítica entre actitud y comportamiento, se argumenta que permite conocer como se vinculan ambas y por tanto profundizar entre pensamiento y acción política. (Almond, 1998). Hoy por su parte los neomarxistas<sup>2</sup> reconocen cierta autonomía entre Estado y Política, y tendrán un análisis más resignado sobre la estructura y dinámica del capitalismo, y como afecta a la riqueza y el poder (Boron, 2000).

También se cuestiona la selección de los países, los cuales respondían de forma muy adecuada a los supuestos de su teoría, países que les permitía comparar las democracias exitosas como la de EEUU y la de Gran Bretaña con dos democracias que habían surgido de la crisis de sus instituciones políticas como Alemania e Italia, corroborándose que efectivamente las democracias más estables se debían a los mayores grados de cultura política, y en cambio las democracias inestables se debían a la fragilidad de la cultura política. Con respecto a México, se critica el desconocimiento de tal país, considerándose que era uno de los países menos idóneos de ser considerado democrático. Siendo la democracia uno de los criterios de selección de los países (García, 2006).

Además se crítica y señala que tanto la conducta como las estructuras políticas pueden ser explicadas en base a los beneficios que obtienen los actores políticos, lo cual relega a un segundo plano aspectos como los valores, normas, símbolos, contexto histórico y cultural. (Almond, 1998). Por otra parte, también hay autores como Anderson (1991), Gellner (1983), Smith (1984) y Shumway (1993); quienes cuestionan que en las investigaciones políticas de cultura cívica, no se han considerado los aspectos históricos de la identidad nacional<sup>3</sup>, ni se asume que la cultura cívica podría no incluir los valores democráticos, ni una identidad nacional (PNUD, 1998).

Otro cuestionamiento apuntó al determinismo del enfoque que supone que la estructura política se debe a un comportamiento político, que depende de las actitudes políticas, las cuales surgen finalmente del proceso de endoculturación política. La discusión se centraba en definir cuál era el factor más relevante, si la estructura social o el individuo en el desarrollo de

---

<sup>2</sup> Los cambios históricos como fue la desintegración de la Unión Soviética, y las democracias de Europa Oriental, generaron nuevamente una discusión en torno al marxismo, surgiendo el posmarxismo, como expresión de una síntesis entre las ideas planteadas por Karl Marx y aportes intelectuales irreconciliables, como afirma Atilio Boron, el resultado será una postura ecléctica y políticamente conservadora, representada por Laclau y Mouffe (Boron, 2000).

<sup>3</sup> Al respecto se puede consultar el libro de Benedict Anderson, Comunidades Imaginadas.

una cultura política en particular. Hoy esta crítica no tendría mayor peso dado el consenso en reconocer la doble influencia entre estructura y comportamiento (Almond, 1998). Este reconocimiento de la mutua influencia entre cultura política y estructura es posteriormente aclarado, planteándose en sus inicios que la cultura política ejercía influencia sobre la estructura (García, 2006). Inglehart (1988) al respecto, consideró que tanto las actitudes internas como las condiciones externas serían igual de relevantes, además señala y critica que debido a que las democracias se desarrollaron en países con altos niveles de industrialización se supuso que el desarrollo económico sería un requisito para el sistema político democrático, cuestionando el énfasis en los factores económicos, relegando a un segundo plano los aspectos culturales, los cuales como por ejemplo la religión tendrían un peso fundamental, no así la influencia de la clase social que se han ido debilitando (Inglehart, 1988). Los estudios muestran la correlación entre religión y democracia, vinculándose el protestantismo con la democracia. En el caso de los países latinos, el catolicismo es más ambivalente y en el islamismo la democracia más débil (Huntington, 1983).

En consecuencia, los estudios reflejan que serían tan relevante los factores culturales, económicos y políticos, los cuales ninguno por sí solo serían determinantes. Además se reconoce que la cultura política se caracteriza por su persistencia en el tiempo y puede ser medida (Inglehart, 1988).

Además de todas las críticas mencionadas al modelo de cultura política, también se suman cuestionamientos de científicos sociales Latinoamericanos con respecto a su aplicación en sus países, señalando que sería universal, racional y civilizada (Acosta, 2004). Otros autores críticos a este modelo de cultura política serán los antropólogos mexicanos Cruces y Díaz (1995), quienes señalan lo restrictivo, universalista e institucionalista del concepto utilizado por Almond y Verba.

Lo *restringido* de la concepción anglosajona de la cultura política está centrado en el énfasis en la orientación de los sujetos con respecto al sistema político, lo cual evita entrar en la polémica sobre qué influye primero, las actitudes de los ciudadanos sobre el sistema político o éste sobre los ciudadanos. Además, la jerarquización que categoriza a las sociedades de mayor o menor nivel de cultura política según un modelo exógeno, no contempla la riqueza y diversidad de significados que tiene toda sociedad. Por otra parte, se cuestiona las distinciones de "tradicional", "moderna" o "posmoderna", y el supuesto de que todos los países pasan por las mismas etapas y por tanto también han vivido los mismos procesos. Además, el *universalismo* de este enfoque se da en lo unívoco de la cultura política al Estado Nación, característica de un periodo histórico en particular -la época moderna-, homogenizando a los estados y comunidades, destacándose como lo más relevante los deberes y derechos que se tienen como ciudadano. Por último, se cuestiona el énfasis *institucional*, tomándose en cuenta sólo la mirada de los sujetos con respecto a la institucionalidad hegemónica, sin considerar lo ajeno o distinto. La divergencia sería catalogada con expresiones de poca cultura cívica, fragmentación, apatía, lo cual no daría cuenta de las fracturas, conflictos, posibles diferencias de opiniones e intereses que pudiesen existir entre los políticos y las personas. (Cruces y Díaz, 1995).

Las críticas dan cuenta de la problemática del concepto de Cultura política, en América Latina, esto debido a que nace en países de referencia como EEUU y Europa, con historias y realidades distintas y a veces totalmente opuestas al continente americano, y por tanto incongruente con extrapolaciones que se hacen de forma literal, tanto de su definición y sustento. Se argumenta además que este concepto sería bastante lejano a las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por el elitismo, la desigualdad política, el autoritarismo y el "no reconocimiento del otro" (Calderón, Hopenhayn y Ottone, 1993). Es así que el uso del concepto "literal" de Cultura Política en países de Latinoamérica, muchas veces lo que develaría es el poco conocimiento que se tiene de la propia realidad Latina. Lo anterior no significa desconocer los aportes de autores "foráneos", sino reconocer y adecuar las referencias extranjeras a nuestra propia realidad Latinoamericana, (Meoño, 2002). Más allá de las críticas realizadas al concepto de cultura cívica planteada por Almond y Verba, como aportes se reconoce sobre todo el plantear la diferencia que existe entre las instituciones políticas y la percepción que tienen de ella los individuos, lo cual podría ser totalmente divergente, reconociéndose que la estabilidad no depende sólo de las instituciones, sino también de la percepción de las

personas (García, 2006). También son aportes: la importancia que le dan a los individuos, el esquema clasificatorio creado, (Krotz, 1997) y la intención de comprender las falencias de la democracia, pese a ser considerado por los mismos autores uno de los mejores sistemas (Krotz, 2002).

Si bien hay un cuestionamiento al concepto de cultura cívica, estas formas de comprensión de la cultura política mantienen la idea inicial de Almond y Verba sobre la importancia y relación tanto de la institucionalidad política como la subjetividad de los individuos (Gutiérrez, 1993). Además la mayoría de los estudios trabajan en torno a la concepción planteada por ellos, ya sea tomando en forma íntegra dicha perspectiva, sólo algunos elementos de él, o bien utilizándolo con la finalidad de desestimarla como propuesta válida (Krotz, 2002).

### **Definiciones: Cultura Política y Culturas Políticas**

Más allá de las críticas generadas por las distintas posiciones y formas de abordar la cultura política, resulta todavía difícil consensuar una definición. Esto no es de extrañar, ya que tanto los conceptos: cultura y política, por sí sólo contienen una multiplicidad de definiciones, lo cual dificulta aún más al usarlos juntos. A continuación se indagará en algunas de las definiciones y formas de abordar la Cultura Política. Este constructo no ha estado exento de ambigüedades y controversias teniendo diversas aproximaciones, enfoques disciplinarios y metodológicos. Debido a lo polisémico del concepto, se abarcará una variedad de definiciones partiendo por la primera definición de cultura política dada por Almond y Verba (1963: 179) entendida “como orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema”. Dos años después Sydney Verba también lo definirá como “el sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que define la situación en la cual se produce la acción política” (Verba, en Huntington, 1984: 22).

El énfasis de esta perspectiva está en comprender al individuo, sus actitudes, creencias y cómo se relacionan con las instituciones políticas. Los estudios realizados en torno a lo que se entendió por cultura cívica se han centrado en explicar los factores culturales que inciden en el buen desarrollo del sistema democrático. Desde ese prisma, la cultura es vista como un obstáculo para las transformaciones políticas. Esa forma de comprender la realidad no da respuestas a situaciones como la mexicana en la cual se constató por parte de la población, una cultura política democrática dentro de un contexto autoritario. Desde el enfoque de la cultura cívica se espera una sintonía entre la cultura política (actitudes) y las instituciones políticas (Inglehart, 1988). Debido a los aspectos no considerados desde este enfoque, desde los años sesenta a la fecha la concepción de cultura cívica se ha modificado, entre otros, debido a que la política es vista de una manera más instrumental, lo cual ha obligado a redefinir y buscar nuevas formas de comprensión de la relación entre los individuos y política. (Peschard, 2001).

La perspectiva descrita de Almond y Verba se centró en sociedades democráticas industrializadas Europeas, las cuales no coinciden con la realidad latinoamericana, esto obligó a adecuar la concepción de cultura política a la realidad y evolución histórica propia de Latinoamérica. Sin embargo, aún se cuestiona que los estudiosos latinoamericanos hayan podido adecuar totalmente el concepto a nuestra realidad (Meoño, 2002).

Debido a nuestro contexto y características latinoamericanas se ha puesto especial énfasis en la diversidad y divergencia como parte de la cultura política, es decir, en lo pluricultural de la sociedad, lo cual claramente no es una característica sólo propio de nuestro continente. Este enfoque latinoamericano habla, más bien, de culturas políticas, entendiéndose como “síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de valores, informaciones, juicios y expectativas que conforman la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas” (Gutiérrez, 1993: 74). Esta forma de entender la cultura(s) política(s) se hace cargo de la idiosincrasia Latinoamericana que se caracteriza, por su diversidad y diferencias culturales al interior de un mismo país. Esto provoca muchas veces choques discursivos o a lo menos diferencias de apreciación de la realidad política. En este sentido, la

diversidad de significados en lo político, también es un elemento a considerar dentro de la(s) cultura(s) política(s). Dicho de otra manera, es “un complejo universo de percepción, transformación y producción alternativa de significados y contenidos específicos, ligados a situaciones y a pertenencias sociales determinadas (Giglia, A y Winocour, R, 2002: 92). Esta forma de entender la(s) cultura(s) política(s), implica aceptar la coexistencia de distintos significados frente a un mismo hecho, como también variaciones según los contextos, también supone comprender que los discursos políticos muchas veces difieren de lo que piensan la sociedad o segmentos de ella (Giglia, A y Winocour, R, 2002).

Este concepto, además de develar y ser una fotografía del presente y de las influencias del pasado, también incluye expectativas y sueños con respecto al futuro, es decir, también la cultura(s) política(s) serían “la manera de representar, imaginar, legitimar y proyectar a futuro el mundo de la política y al mismo tiempo, es también un mapa, plan, modelo, receta para actuar políticamente” (Kraemer, 2004: 135). Es decir, la cultura(s) política(s) no sólo refleja la multiplicidad de miradas frente a lo político, sino también debiera dar cuenta de los sueños y por tanto, de las utopías.

Desde estas miradas, se asume que el estudio de la cultura(s) política(s) debe ser abordado siempre desde un contexto histórico y, contemplando e incluyendo las distintas instituciones tradicionalmente vinculadas a la política, como son el parlamento, partidos políticos, incluso los sindicatos, como también instituciones como la familia, escuela y medios de comunicación, lo cual invita no sólo a quedarse en los ámbitos institucionales, sino también en las relaciones de la cotidianidad (Gutiérrez, 1993). La cultura política puede interesarse tanto por las dinámicas de luchas de poder por parte de organizaciones sociales o por las instituciones políticas formales. En este sentido, el estudio puede ir desde el interés por los actores políticos o las instituciones. (Krotz, 2002).

La subjetividad y valoración que hacen los individuos de la cultura y específicamente del ámbito político se torna como eje central en la comprensión de la cultura política. En esta línea Lechner ha enfatizado la importancia que tiene comprender la mirada desde lo cotidiano que revela también el ejercicio de la autoridad y las relaciones con el poder (Lechner, 1988). Por tanto, la cultura política no se centra sólo en las estructuras de poder, sino que también en los actores y las subjetividades de la vida política. En este sentido, tanto la subjetividad colectiva como lo objetivo de las estructuras, son relevantes (Krotz, 2002).

En suma, según los autores mencionados la(s) cultura(s) política(s), en América latina, se centran o debieran centrarse en el reconocimiento de la diversidad y en lo pluricultural de nuestras sociedades, esto a su vez implica asumir la diversidad de discursos que existen, los cuales pueden no ser sólo disímiles, sino también contradictorios entre distintos segmentos de la sociedad. Esto último implica por tanto, un acercamiento a la subjetividad de los diferentes actores de la sociedad, no sólo de los sujetos tradicionalmente con poder, sino también de los sectores más invisibilizados. Por otra parte, el análisis asume que la historicidad es importante para comprender lo que sucede hoy y también los sueños y construcciones que se puedan hacer del mañana.

Por tanto se puede entender cultura política como una: “*síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de valores, creencias, juicios y expectativas que conforman la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas* (Gutiérrez, 1993: 74) y *la manera de representar, imaginar, legitimar y proyectar a futuro el mundo de la política*” (Kraemer, 2004: 135). Esta forma de entender cultura política, asume que se expresa a través de valores, creencias, juicios y expectativas, los cuales pueden ser muy distintos dentro de una sociedad, incluso contradictorios y por tanto también conflictivo. También se desprende de la definición que la cultura política no se acota sólo al pasado y presente, sino que el futuro, entendido como los deseos y anhelos de lo que se quiera que exista, haciendo alusión a los sueños y esperanzas. Finalmente el cómo se entienda el poder y los sueños, que se tengan, impactarán en la cercanía o no que se tenga de lo político.

Estos últimos dos puntos, tanto el poder como los sueños pasan a ser dos pilares sustanciales de la cultura política, lo cual nos lleva a desarrollar un poco más estos conceptos. Por otra parte, también la desafección política es un punto relevante dado que los dos pilares señalados anteriormente se ven afectados y se transforman en el contexto de desafección

vivido en nuestra sociedad, por lo cual se comenzará un breve análisis con la desafección política, para continuar con el poder y los sueños.

Las tres dimensiones elegidas de la cultura política - desafección política, poder político y sueños políticos- se entenderán de la siguiente manera. La desafección política como un “cierto alejamiento o desapego del sistema político” (Montero, Gunther y Torcal, 1999: 124) “y falta de confianza en la acción colectiva” (PNUD, 2000: 191). El poder político se entenderá como “la capacidad para definir y construir un entorno de relaciones y recursos que permite realizar la existencia deseada de capacidades de acción distribuidas asimétricamente en la sociedad” (PNUD, 2004: 64) y los sueños políticos se entenderán como las esperanzas de poder construir algo distinto, nuevo y que se caracteriza como algo mejor (Krotz, 1997). A continuación se desarrollan distintas reflexiones a partir de las tres dimensiones mencionadas como parte importante de la cultura política en el contexto chileno.

### **Desafección Política**

En América Latina se está viviendo la paradoja de cierta legitimidad al sistema político democrático que se ha ido institucionalizando, pero a su vez, las personas se han alejado cada día más de la política (Baquero, 2001). Nuestro país también ha sido parte del proceso descrito, específicamente Lechner diría que Chile vive “un déficit de política en relación a la modernización económica” (1998: 233). Si bien los motivos de tal situación son variados y no por todos compartidos -la dictadura militar, el modelo neoliberal imperante o la apatía de las personas-, es claro que la política ya no ha vuelto a ser lo mismo para los individuos de nuestro país (Lechner, 1998). Si ampliamos la mirada al escenario mundial, la política también ha cambiado, debiéndose su nueva forma de hacer y vivir a los cambios acontecidos, que incluyen desde el colapso del comunismo hasta la globalización del mercado, lo cual ha desencadenado en un malestar frente a la política (Lechner, 1997). Lo descrito surge en el contexto del proceso de modernidad, que cree como en ningún otro periodo en el futuro y, confía en la construcción de la sociedad que puedan hacer los individuos, lo cual genera también cierto grado de incertidumbre (PNUD, 2000). En este contexto, la política es entendida como el despertar y la autoconciencia de las personas que les permitirá actuar por sí mismos y así construir el tipo de sociedad deseada a través de los proyectos de futuro anhelados (Baño, 1997). A pesar de lo señalado anteriormente, estaríamos viviendo un “desencanto” que tiene entre sus orígenes un cuestionamiento hacia la ideologización del futuro, una sensación de inseguridad en el presente que limita la confianza y una percepción de que el futuro tiene más amenazas que oportunidades (PNUD, 2000).

Entre los múltiples factores que explican el distanciamiento de la política en nuestro país, estaría el modelo económico impuesto, el cual ha generado grandes desigualdades. Este modelo ha impactado en el país dándose un cambio cultural que ha mermado el interés por la política, que se expresa a través de un malestar, una mirada y una desconfianza de la política (PNUD, 2000). Algunos de los motivos de tal situación obedecen a que la política ya no conduce ni protege, perdiendo su papel fundamental de convocar, cohesionar, crear un sentido común con proyectos a futuro. La política cada día se ha ido reduciendo, acotando a la contingencia, lo cual repercute en la desconfianza en los partidos políticos que no reflejan a la ciudadanía, dejando de ser referentes colectivos (Lechner, 1995), que se ha expresado también en una disminución en las inscripciones electorales y falta de confianza en la acción colectiva (PNUD, 2000). El fenómeno de desafección política se vive y expresa a través de un “alejamiento o desapego de los ciudadanos con respecto a su sistema político” (Montero, Gunther y Torcal, 1999: 124), lo cual también nos indica una “indiferencia o rechazo a participar en la construcción histórica” (Baño, 1997: 12).

Los estudios en Chile del PNUD han mostrado la desafección política, especialmente a través de la investigación del 2000 “Desarrollo Humano en Chile, Más Sociedad para Gobernar el Futuro”. Publicación que surge en el contexto de reflexión nacional sobre la necesidad de crecer con equidad, aumentar la integración, la participación social y así profundizar la



democracia. Tal estudio es continuación del Informe de Desarrollo Humano<sup>4</sup>, “Las Paradojas de la Modernización” (1998). En el informe de 1998, se da cuenta de los avances en la modernización del país, pero se reconoce a su vez altos grados de inseguridad en la protección social, como en la cotidianidad que cuestionan la gobernabilidad y sustentabilidad social. En ese contexto surge la necesidad de estudiar la capacidad de gobierno y sustentabilidad social, centrándose en tres ámbitos: en los sueños colectivos, el capital social y el peso de la acción ciudadana (PNUD, 2000).

De tal forma el informe del 2000 revela el descontento con la política percibida ésta como muy distante de la realidad cotidiana de las personas. También existe una crítica hacia los partidos políticos y se evidencia una desconfianza en la acción colectiva, ya que la sensación es la de no tener mayor incidencia ni poder afectar mayormente en la sociedad. A pesar de lo anterior, el respaldo a la democracia se mantiene. El mayor grado de desafección esta en los jóvenes entre 18 y 34 años de grupo socioeconómico bajo y educación media incompleta. Con respecto a la ciudadanía activa, un 72% expresa estar menos interesado en asuntos de la comunidad, privilegiando su interés por valores materiales como son una economía estable y la lucha contra la delincuencia, además el 67% tiene una percepción que en Chile es más lo que los separa que lo que los une. Frente a la confianza política, la menor confianza refleja una mayor desafección (PNUD, 2000). La desconfianza en lo colectivo, es relevante si nos detenemos en el poder, ya que la confianza en la sociedad permite pensar que es factible transformar y mejorar el país, teniendo las capacidades necesarias para aquello, siendo esto último lo que se pone en duda en nuestro país. De ahí la importancia del tema del poder.

### **Poder y Cultura Política**

Como ya se mencionó, la cultura política hace referencia al poder. Una forma de abordarlo es asumir la existencia de relaciones de dominación y desigualdad, y entender que el poder implica relaciones conflictivas y de permanente lucha. Esta forma de acercamiento nos lleva a preguntas tales como cuáles son los símbolos predominantes en una sociedad y por qué son esos y no otros, cómo se construyen los consensos, cómo se adquiere y mantiene el poder, cómo se transforma, etc. (Tejera, 1998).

Al incluir el conflicto en las relaciones de poder y por tanto en la(s) cultura(s) política(s), es necesario precisar los grupos que establecen este tipo de relación, lo cual se suele asociar con instituciones y específicamente al Estado Nacional. Si bien el Estado también forma parte de las relaciones de poder, su horizonte es mucho mayor, ya que lo relevante sería lo público entendiendo éste desde el bien común hasta el mantenimiento del Estado, (Cruces y Díaz, 1995). En este sentido, cuando se habla de poder no se está haciendo referencia sólo a un contrapoder identificado con el Estado, sino que se refiere a la conflictividad dada entre los distintos segmentos de la sociedad, sean estos colectivos o individuales. Se asume que los universos simbólicos siempre conllevan un grado de conflicto y por tanto de tensión, dado que no existen sociedades en la cual todos sus integrantes compartan los mismos universos simbólicos. Entender la cultura política de esta forma, como universos simbólicos asociados al ejercicio y estructura de poder, implica, no sólo aceptar la existencia de la diversidad, sino más bien asumir y reconocer las diferencias y oposiciones que puedan darse. Tal situación implica una legitimidad o no de ciertos universos simbólicos y el intento de destrucción o no de este universo (Krotz, 1997). Como señala Quevedo (1997) los discursos dominantes no se basan sólo en generar las condiciones de legitimidad, sino también en prohibir otros discursos alternativos, lo cual puede generar diversas reacciones. Rescatar este aspecto de la cultura política implica a su vez una forma distinta de enfrentar lo cognoscitivo, en cuanto a que no se trata de estudiar a los *otros*, sino *con* los otros. El estudio con los otros nos lleva a detenernos en los grupos excluidos, marginados, oprimidos de la sociedad. (Krotz, 1997). Lo relevante, como señala Oakeshott, es conocer si los pueblos practican la política que imaginan, y conocer

---

<sup>4</sup> Los Informes de Desarrollo Humano en Chile, comienzan a realizarse a partir de 1996, llevándose a cabo cada dos años, investigaciones que retratan distintas dimensiones del desarrollo, evaluándose las condiciones tanto positivas y negativas de las personas beneficiarias del desarrollo.

si lo que imaginan es más bien, opuesto, excluyente o complementario al espacio público de la política (Oakeshott, en Acosta, 2004).

Es así que tenemos, por una parte, definiciones que dan cuenta de la importancia del poder dentro de la cultura(s) política(s) definiéndola como “el universo simbólico asociado al ejercicio y las estructuras de poder en una sociedad dada” (Krotz, 1997: 39), o el “conjunto de signos y símbolos que afectan a las estructuras de poder” (Varela, en Tejera, 1998: 148) y otras definiciones que agregan y explicitan la conflictividad y tensión propia de toda sociedad y de las relaciones de poder entre individuos y segmentos de la población, poniendo el énfasis no en el consenso, sino en las diferencias. Como señala Quevedo, la cultura(s) política(s) es un “conjunto de las formaciones simbólicas e imaginarias mediante las cuales los individuos viven y se representan las luchas por el poder y las competencias por el dominio de los sistemas decisorios de una sociedad” (Quevedo, en Winocour, 1997: 62), lucha de poder que implica siempre relaciones de subordinación y de dominación, es decir, como un “conjunto de relaciones de dominación y de sujeción, esto es, las relaciones de poder y autoridad que son los ejes alrededor de los cuales se estructura la vida política” (Peschard, 2001: 10).

El poder puede ser entendido de distintas maneras, como una condición personal de un individuo que puede hacer uso o no de él; como quién impone decisiones influyendo en las decisiones de otros en contextos de interrelación, también como la influencia y control que se ejerce sobre el contexto de otros individuos y finalmente como el control de estructurar el accionar de otros. Ahora, si nos abocamos al contexto de la cultura política, puede ser entendido como “aquellos procesos organizativos de las relaciones de producción, reproducción y consumo de los bienes (materiales o simbólicos) de una sociedad determinada, donde el poder delimita el cuándo, el cómo y el por qué se accede a cada una de dichas relaciones” (Tejera, 1998: 150).

Con respecto al poder, se pueden hacer distinciones en torno a quien o quienes detentan el poder, lo cual nos lleva a dos miradas: por una parte, se señala que radica en los sujetos de acción y por otra parte, en la estructura de la sociedad. Ambas posturas no tienen porque ser opuestas, por el contrario, se puede afirmar que existe una reciprocidad entre personas y sociedad (PNUD, 2004). En relación a la naturaleza del poder, podemos suponer que éste se distribuye de manera desigual, dándose una lucha de poder que implicaría siempre que a medida que algunos ganan, otros pierden (Quevedo, 1997). Otra forma de entenderlo es creer que efectivamente es posible aumentar el poder para todos, siendo más simétrica su distribución (PNUD, 2004).

El estudio del PNUD del 2004, llamado El poder: ¿para qué y para quién?, reconoce que como parte del desarrollo debe existir más poder para los individuos y la sociedad en su conjunto. En este sentido, lo político y por tanto lo colectivo, serían ejes fundamentales del desarrollo. En este informe se reconoce la importancia de la participación en la construcción de la propia sociedad, el 70% asevera que Chile es más exitoso que antes, debido principalmente a que se ha incrementado la educación y que existe mayor libertad. A pesar de tal apreciación, persiste el malestar<sup>5</sup> frente a las instituciones, que muchas veces no posibilitan un escenario de mayor participación y por tanto de poder con respecto a las decisiones importantes que afectan a los individuos en su propia sociedad.(PNUD, 2004)

Este estudio refleja que en Chile prevalecen los actores individuales, por sobre los actores colectivos, contexto de individualización que debilita lo político. Con respecto a los discursos sobre imaginarios de poder, se muestra a través de grupos de discusión, una sensación de autoritarismo y sumisión que genera una dinámica de asimetría al interior de la sociedad, creando una sensación de humillación. Si bien existe esta apreciación, se reconoce que ha ido disminuyendo paulatinamente.

La percepción de los chilenos y chilenas del poder aparece muy ligada a la experiencia personal, no así referido a la sociedad o instituciones. También se perciben obstáculos de dominación y sumisión que impiden a los individuos alcanzar las metas propuestas. Consideran que en términos individuales es factible llevar a cabo algunos deseos personales, sin embargo,

---

<sup>5</sup> Malestar que también se expresa en el Informe de Desarrollo Humano 1998, a través de los altos grados de inseguridad social e incertidumbre vivida por chilenos y chilenas.

cuando se amplía el poder al ámbito social, emerge la pasividad y sensación de no control de la acción, que refleja las dificultades de influir y afectar en el ámbito social, reconociéndose un distanciamiento con los grupos de poder, debido entre otras razones, a que su proyecto no pasa a ser necesariamente el proyecto de la ciudadanía (PNUD, 2004).

Los datos del estudio también reflejan un conflicto con respecto al poder, que se muestra a través de “luchas” de poder y diferencias en cuanto a lo político, es decir, entre lo que existe y quisieran que existiera (PNUD, 2004), lo cual nos lleva al otro punto fundamental de la cultura política que son los anhelos y aspiraciones de los individuos sobre la sociedad, es decir, la utopía.

### **Sueños (utopía) y Cultura Política**

Si vinculamos la cultura política con las expectativas, es decir, lo que queremos que exista, entramos en el ámbito de la utopía, el cual está estrechamente vinculado al poder, dado que se requiere de poder para llevar a cabo la utopía. A lo largo de la historia, la insatisfacción de los seres humanos frente a su medio, ha generado deseos de cambio y mejora del actual estado de cosas. En ese sentido, siempre ha existido el deseo de algo nuevo, que implica una visión de mundo distinta a lo existente, que a menudo ha sido censurada y coartada debido al cuestionamiento que implica al orden imperante. Por consiguiente, la utopía se relaciona con la deslegitimidad del consenso y la transformación del orden social. Es así que el estudio de la cultura política tiene relación con los universos simbólicos que surgen en pos de la construcción de algo nuevo y factible, no entendiéndose lo utópico como la definición tradicional de inalcanzable o fantasioso (Krotz, 1997).

Como ya se menciona la cultura política pone énfasis también en el futuro, en cuanto a que “se mueve entre lo que existe y lo que se quiere que exista”. (Alonso, en Tejera, 1998: 150). Esto implica asumir y enfatizar un aspecto de los individuos y de la sociedad que siempre ha existido; sin embargo, hoy no goza de mucho prestigio, como son los sueños y las esperanzas de poder construir algo distinto y nuevo. Por tanto, no sólo importa conocer qué piensan y opinan las personas, sino también, cuáles son las esperanzas y sueños.

La crisis de esperanza vivida en nuestros tiempos se debe, entre otros factores, a un aumento en la complejidad de las oportunidades y amenazas, lo cual ha mermado la confianza de los sujetos, transformándose en sujetos menos autónomos, con menor capacidad de enfrentar y modificar las amenazas y potenciar las oportunidades. A esto también se suma una percepción de futuro de mucho riesgo debido a los problemas medioambientales, la poca legitimidad de la política, inestabilidad laboral, etc. (PNUD, 2000)

Al respecto existen muy pocos estudios que den cuenta de los sueños y esperanzas de los individuos, lo cual llevó al Programa de Naciones Unidas, en el Informe de Desarrollo Humano en Chile, 2000, “Más Sociedad para Gobernar el Futuro”, a realizar un estudio exploratorio al respecto. Este estudio reveló, a grandes rasgos, que los sueños son expresados de manera tímida, refiriéndose principalmente a una mejora en la calidad de vida, que se expresaría en mayor igualdad, solidaridad y autenticidad. La mayoría señala una valoración positiva de los sueños, el 78.1% de los encuestados señala que estos se pueden hacer realidad y que no se podría vivir sin ellos. La afirmación que es bueno soñar en todas las etapas de la vida tendría un mayor porcentaje equivalente, a un 91.8%. En general se evidencia una aceptación positiva de los sueños sin diferencias de sexo, siendo ocho de cada diez personas quienes muestran una actitud favorable.

Con respecto a las esperanzas, estas suelen concentrarse en las aspiraciones de índole individuales, más que colectivas, siendo conflictivas las aspiraciones con respecto al país o instituciones, lo cual expresa cierta crisis en la esperanza, con una sensación de que no es mucho lo que se puede cambiar, dándose la paradoja de que sin esperanza es difícil tener sueños (PNUD, 2000). De tal forma, resulta preocupante que si bien existe una buena aceptación de los sueños, no sea igual con respecto a la esperanza en lo colectivo y en el futuro del país, ya que toda sociedad avanza mejor en la medida que existen proyectos en común.

## Reflexión final

La cultura política, como todo fenómeno social es complejo y multivariado. Además las transformaciones históricas y culturales obligan constantemente a las ciencias sociales a una revisión de los conceptos y teorías para adecuarlos a los contextos, y así mejorar la interpretación y comprensión de la realidad social. De tal forma este concepto que nació en la década del 60 y con énfasis en los países europeos y norteamericano, requiere de un análisis crítico, pero sobre todo de un aporte que lo adecue al contexto Latinoamericano, lo cual según Johnny Meoño está pendiente. Quizás también podría crearse una nueva definición que sea más representativo de la idiosincrasia Latina y de la realidad cultural e histórica actual.

Por otra parte, la cultura política requiere ampliar su mirada de la realidad incorporando nuevos factores de la política y no siempre los tradicionales como la inscripción electoral, militancia política y abstención electoral. La política claramente es vivida de manera distinta a la década del 60, lo cual no es de extrañar, y requiere en ese sentido de propuestas y análisis acordes a las nuevas formas e interpretaciones de la política.

Con respecto a Chile, los estudios sobre política se han centrado principalmente en análisis de tipo cuantitativo, lo cual muchas veces muestra una parte de la realidad social, relegando a un segundo plano las percepciones y subjetividades de los individuos sobre la política. En ese sentido, la incorporación de grupos de discusión en los informes del PNUD, permiten un acercamiento distinto a la realidad e interpretación de lo que acontece en nuestro país, permitiendo un análisis a temáticas que no suelen ser consideradas en la cultura política, como son las relaciones de poder, la confianza, esperanzas y sueños de las personas. Temáticas todas que reflejan la cultura política de los individuos y de la sociedad.

Finalmente, los informes del PNUD, reflejan la desafección política, que ha sido diagnosticada a nivel mundial y que pareciese a pesar de los acontecimientos actuales no haberse modificado mayormente. No obstante, la elección de una mujer como Presidenta de la República refleja un cambio cultural político que requiere ser estudiado en mayor profundidad. Si bien, las decisiones de votos son complejas y multifactoriales, se puede señalar y reconocer, que se dio un grado de aceptación que posibilitó que una mujer fuese presidenta, que las mujeres votaron preferentemente a una mujer, y que la actual presidenta expresó y representó un concepto distinto de hacer política, que se manifestó en una forma más emocional, sensible y empática, y con énfasis en la participación ciudadana, lo cual no era tradicional en la política chilena, caracterizada más bien por la "racionalidad masculina" (Brunner, 2006).

No obstante el hecho de tener una presidenta muestra un cambio cultural en algunos aspectos, como son el tipo de discurso político, y aceptar a una mujer en el cargo más importante que existe en un país, esto claramente no fue repentino, sino que es consecuencia de un cambio que se ha ido dando de forma paulatina en nuestra sociedad y que aún no concluye, muestra de aquello han sido las dificultades y agresiones claramente sexista que ha tenido la actual Presidenta Michelle Bachelet de parte de políticos tanto de la oposición como de la misma concertación. De tal forma, lo vivido en nuestra sociedad, son apenas atisbos de cambios valóricos y tendencias políticas que reflejan una mayor aceptación a la "política no tradicional". Sin embargo a pesar de lo señalado, se requiere más tiempo y de estudios que den cuenta de los cambios políticos acontecidos. Por ahora, es posible vislumbrar que si bien existen cambios culturales, aún no se evidencian modificaciones importantes en la forma de hacer política desde las cúpulas de poder, ni tampoco la existencia de una ciudadanía más participativa y comprometida con las decisiones relevantes que se toman en la sociedad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, N. 2004. *Venezuela cultura y política en cuatro tiempos*. Espacio Abierto, 13 (2). pp. 1-30.
- ALMOND, G. 1988. *El estudio de la cultura política*. Ciencia Política, X (2). pp. 77-89.
- ALMOND, G. y VERBA S. 1963. *La cultura política*. España: Ariel.
- BAQUERO, M. 2003. *Reinventando la sociedad en América Latina. Cultura Política, genero, exclusión y capital social*. Ciencia Política, XXIII (3). pp. 179-180.
- BAÑO, R. 1997. *Apatía y sociedad de masas en la democracia chilena actual*. Chile: FLACSO.
- BORON, A. 2000. *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Argentina: CLACSO.
- CASTAÑOS, F. 1997. *Observar y entender la cultura política: algunos problemas fundamentales y una propuesta de solución*. Revista Mexicana de Sociología, 59 (2). pp. 75-91.
- CRUCES, F. y DÍAZ, A. 1995. *La cultura política, ¿es parte de la política cultural, o es parte de la política, o es parte de la cultura?* Política y Sociedad, 18. pp. 165-183.
- DOMÍNGUEZ, M. 2006. *Los movimientos sociales y la acción juvenil: apuntes para un debate*. Revista Sociedade e Estado, 21, n.1. pp. 67-83.
- ECHEGOLLEN, A. 1998. *Cultura e imaginarios políticos en América Latina*. Metapolítica, 2 (7), 4. pp. 95-511.
- FERNÁNDEZ, M. 2000. *Notas sobre la participación política de los jóvenes chilenos. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Argentina: CLACSO.
- GARCÍA, R. 2006. *Crítica de la teoría de la cultura política*. Política y Cultura, 026. pp. 133-155.
- GIGLIA, A. y WINOCUR, R. 2002. *Posibilidades y alcances de las técnicas antropológicas para el estudio de la cultura política. Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 91-127.
- GUTIÉRREZ, R. 1993. *El campo conceptual de la cultura política*. Argumentos, 18. pp. 73-80.
- HERNÁNDEZ, R. 2002. *Elecciones y estadística. Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 55-90.
- HUNTINGTON, S. 1986. *Condiciones para una democracia estable*. Estudios Públicos, 22. pp. 5-35.
- INGLEHART, R. 1988. *Cultura política y democracia estable*. Reis, 42. pp. 45-65.
- KRAEMER, G. 2004. *Cultura política indígena y movimiento magisterial en Oaxaca*. Alteridades, 14 (27). pp. 135-146.
- KROTZ, E. 1997. *La dimensión utópica en la cultura política: perspectivas antropológicas. Culturas políticas a fin de siglo*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 7-53.
- KROTZ, E. 2002. *La investigación sobre la cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción. Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 36-50.
- LECHNER, N. 1995. *La democracia entre la utopía y el realismo*. Obras Escogidas 2. Chile: LOM.
- LECHNER, N. 1987. *El nuevo interés por la cultura política. Cultura política y democratización*. Argentina: FLACSO – CLACSO – ICI.

LECHNER, N. 1997. *El Malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos. Culturas políticas a fin de siglo*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 15-35.

LECHNER, N. 1998. *Modernización y democratización: un dilema del desarrollo chileno*. Estudios Públicos, 70. pp. 231-242.

MEOÑO, J. 2002. *Cultura política: ¿cómo abordarla con sentido de realidad en América Latina?* Espacios, 17. pp. 49-62.

MONTES, L. 1998. *Modernización y cultura política en América Latina*. Relea, 6. pp. 127-137.

MONTERO, J., Gunther, R. y TORCAL, M. 1999. *Legitimidad, descontento y desafección. El caso español*. Estudios Públicos, 74. pp. 107-149.

PESCHARD, J. 2001. *La cultura política democrática*. México: Instituto Federal electoral.

PNUD. 2000. *Desarrollo humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Chile.

PNUD. 2004. *Desarrollo humano en Chile. El poder, ¿para qué y para quién?*. Chile.

PORTILLO, M. 2004. *Culturas juveniles y cultura política, la construcción de la opinión política de los jóvenes de la ciudad México*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

QUEVEDO, L. 1997. *Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa. Culturas políticas a fin de siglo*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. pp. 36-50.

TEJERA, H. 1998. *Cultura política, poder y racionalidad*. Alteridades, 8 (16). pp. 145-157.